

MIENTRAS EL RÍO BAJA.

De nuevo nuestro amigo y colaborador José Luis Rodríguez Lara, nos envía una nueva historia, o es una crónica, o, posiblemente se trate de un “relato”, o quizás sea la añoranza y el recuerdo de los que faltan. Escuche y vera que de todo tiene.

TUS ABUELOS, de José Luis Rodríguez Lara

Tus abuelos, esas figuras titubeantes, premiosas, diminutas, contribuían a la aglutinación de tu familia: allí reunidos hermanos, padres, tías, hijos, nietos: un revuelo de palomas de la misma sangre. Todos orgullosos de compartir un nombre, una familia, un mundo, una historia, un paisaje. Eso tenía su fecha de caducidad, pero tú no lo sabías. Tú disfrutabas bienestar, confort, calor, estímulos y más virtudes. Aquellas mañanas de alegría y tardes de paz que allí respirabas casi a diario te enamoraban. Allí no echabas de menos el atractivo de la calle, los barzonazos habituales por la calle de Enmedio, el paseo moroso con los amigos, ni las tertulias improvisadas en el pilón de la fuente.

Tú participabas del calor de las fiestas familiares. El cumpleaños o la onomástica de la abuela, luego del abuelo, el ruidoso desfile de los nietos a felicitarlos. Los Reyes desenvolviendo ilusionados los regalos, el baile de carnaval que se organizaba en el salón de la casa, tú siempre disfrazada de flor de té y por Semana Santa tus abuelos en el balcón esperando ver pasar al Cristo y detrás su nieta, hermosa, elegante y devota.

Con la llegada de la primavera, el patio de tus abuelos se convertía de pronto en un espectáculo de vida. Allí pendían geranios, gitanillas, petunias, claveles; allí trepaban, tocados de lujuria, el jazmín y la vid silvestre; a media altura iban hibiscos rojos o amarillos y la dama de noche con su aroma, y del suelo se levantaba humildemente una sensual flora de violetas, begonias, dalias, claveles, lirios, vincas y azucenas, mientras en los rincones sombreados se refugiaban esparragueras, aspidistras y un gran

filodendro. Tu abuela siempre recortando y perfilando con primor la silueta de las plantas.



Entonces no pensabas, repito, que este bien tuviera fecha de caducidad, que un día sentirías el silencio gris, el agrio sabor de la soledad y las conciencias del tiempo huido. Pero llegó sin piedad la pátina de los años, el áspero polvo, la humedad y su acritud, la tristeza bajando por las paredes de la sala, antes centro de la alegría, conciertos de risas y coplas familiares que el tiempo te ha robado. Casi todas las mañanas en la cocina de tus abuelos todos cabían, con la invitación al café con leche, la tostada con mantequilla y los jeringos de Rogelia para el vecino que venía a saludarnos. Aquel amable y santo café diario con tus tías solteras y tus abuelos después de comer, recogidos en la mesa camilla al calor del brasero en invierno o en el patio en verano.

Sin percartarte corrías de niña y reías de niña y luego has crecido y has conocido los ceños arrugados, la presión, el interés, el egoísmo, la tristeza, la pena de los adultos. Entonces no sabías que la gente de tus abuelos era tu gente y el día que te enteras, ellos ya se han ido. Con la marcha de los tuyos, el amor, el cariño, la amistad se disiparon.

Hoy los gatos ya no ronronean junto al hogar, pues tampoco hay leña para el fuego, la golondrina que todos los años volvía ya no vuelve, las lagartijas ya no se esconden entre las macetas y la celinda del rincón ya no florece. Al atardecer los gorriones se refugian todavía entre las hojas de yedra que trepa por la palmera, soberana del patio, pero tus abuelos ya no están ni son.

<https://www.youtube.com/watch?v=0TPtsf8nSpQ> Volver/Carlos Gardel